

DISCURSO APOLOGETICO

DE LA LIBERALIDAD DEL GOBIERNO ESPAÑOL EN SUS AMERICAS,

QUE SIRVE DE PROLOGO A LA

BIBLIOTECA HISPANO—AMERICANA SETENTRIONAL.

En Valencia, á donde, por singular dicha mia, me trasplantó de tierna edad el gran prelado español, el Exmo. Sr. D. Francisco Fabian y Fuero, cuando de la mitra de la Puebla de los Angeles, mi patria, pasó promovido á aquel arzobispado; leí por la vez primera la *Biblioteca Mexicana*, que dió á luz en México el año de 1755, el Ilmo. Eguiara, maestrescuelas de esta metropolitana y obispo electo de Yucatan. Mas como era un tomo solo, comprensivo únicamente de las tres primeras letras del abecedario de los nombres de los escritores mexicanos, quedé inquieto y deseoso de haber á las manos los siguientes, que creía yo tambien publicados. Y cuando el sábio D. Gregorio Mayans, (á quien por fortuna alcancé vivo y á quien merecí lecciones de literatura y de buen gusto) me desengañó de que la obra de Eguiara ni se había continuado, ni ménos concluido; no solo fué grande mi pesar, sino que concebí desde entónces deseos de continuarla y concluirla. Pero ni las precisas atenciones y estudio de mi carrera escolástica me daban lugar á esta dedicacion; ni jamás me persuadí á que una obra de esta naturaleza podia desempeñarse, ni aún medianamente, á dos mil leguas de la América.

Es verdad que regresé á esta el año de 1790; pero es igualmente cierto que en el siguiente de 91, me volví á España, y que mis apuntamientos y MS., que entónces formaban mi corto caudal literario, se perdieron, ya en la Coruña, ó carrera de Buenos Aires, y ya en el naufragio que padecí en los bancos de Bahama. En fin, yo no volví á pensar en biblioteca, ni en escritores de América hasta el año de 1794, en que por la piedad del rey me ví sentado en una canongía de la metropolitana de México. Desde entónces mi primer cuidado fué solicitar los MS. que Eguiara pudiera haber dejado, para continuar su biblioteca; y al cabo de algun tiempo solo pude hallar en la librería de la iglesia de México cuatro cuadernos en borrador que abanzaban hasta la letra J, de los nombres de los escritores, pero estátan incompleta, que no llegaba á los *Josephos*, y aún entre los *Joannes* faltaban muchos, como por ejemplo, *Joannes Palafoz*, *Joannes Parra*, *Joannes Salcedo*, *Joannes Villa* &c. Sin

embargo me pareció un hallazgo precioso, de que no volví á lograr semejante hasta fines del año 815, en que concluida ya mi biblioteca, se encontraron varios MS. copias de los cuatro cuadernos expresados, y varias cartas y documentos originales, pertenecientes al mismo objeto, entre los papeles de la testamentaria del Dr. Uribe, penitenciario de México, que su albaacea el Illmo. Sr. Marqués de Castañiza, obispo electo de la Nueva Vizcaya tuvo la bondad de poner en mis manos. Confieso que si años ántes hubiesen parecido algunos de ellos, me habrían ahorrado mucho trabajo; pues tuve que buscar en las fuentes muchas de las noticias, que aquí se hallaban ya recogidas, especialmente por lo que toca á Guatemala, Caracas, la Habana y Zacatecas; pero me fué muy agradable encontrar los *Catálogos* que el Illmo. Eguiara cita con frecuencia en su tomo impreso, y en sus MS. el uno de los *Escritores Angelopolitanos* de Bermudez de Castro, y el otro de los *Franciscanos de Guatemala* del P. Arochena.

Desesperanzado pues, el año de 96, de hallar MS. la continuación de la *Biblioteca Mexicana* impresa, resolví emprender la formación de esta mia bajo otro plan y método que la de Eguiara; y registré para ello todas las historias de la América, todas las crónicas generales de las órdenes religiosas, y las particulares de las provincias de la Nueva España y distritos de los arzobispados y sufragáneos de Santo Domingo, México y Guatemala; porque mis fuerzas no me permitian extenderme á la América meridional: vi todas las bibliotecas impresas y MS. de dichas órdenes, y las seculares de D. Nicolás Antonio, Antonio Leon Pinelo, Matamoros, y otros. Visité y examiné por mí mismo las librerías todas de México, que pasan de diez y seis, y las de S. Angel, S. Joaquin, Tezcucó, Tacubaya, Churubusco, S. Agustín de las Cuevas, Tepozotlan y Querétaro, encargando igual diligencia á algunos amigos de las ciudades de la Puebla, Valladolid y Guadalajara, que á la verdad no tomaron con empeño mi encargo, y que me han perjudicado mas con su indolencia, que con haberse excusado desde el principio. Además, adquirí noticias auténticas de lo que podían encerrar los archivos, aunque éstos no se me franquearon, como era de esperar, por afectados misterios y escrupulosidades impertinentes, cuando es constante, que en algunos de ellos ha habido tanto descuido, que lo más precioso que contenían, está ya en poder de los extrangeros.

Con tales auxilios, y sirviéndome de pauta en lo sustancial la biblioteca Hispana de D. Nicolás Antonio, comencé á escribir esta Hispano Americana. No quise empero escribirla en latin, porque creí que no era ya tiempo de hacer tal agravio á la len-

gua castellana, y porque estaba persuadido á que debía escribirse en lengua vulgar una obra, cuya lectura podia interesar á muchas personas más de las que saben ó deben saber la lengua latina. A más, que es una imprudencia privar á mil españoles de leer en castellano la noticia de sus literatos, porque la puedan leer en latin media docena de extrangeros: los cuales, si la obra lo merece, saben buscarla y leerla aunque esté escrita en el idioma de los chichimecas.

Tampoco me acomodó el método de poner los escritores por el alfabeto de los *nombres*, y preferí colocar los míos segun el orden alfabético de los *apellidos*, mucho más cómodo para los que por lo común buscan en los diccionarios los *apellidos* y no los *nombres* de los sugetos. Y es cosa clara que entre los eruditos se saben los apellidos de los escritores, como Escaligero, Erasmo, Noris, Belarmino, Milton, Fenelon, Bosuet, así como Vives, Torquemada, Mariana, Cervantes, Lope de Vega &c. y ciertamente que no son todos los que saben, ó se acuerdan de pronto de los *nombres* de éstos.

Advertí tambien que el estilo de Eguiara es hinchado, y su método muy difuso, y que se detiene en largos pormenores de las virtudes privadas de muchos, que al cabo no escribieron sino un *Curso de artes*, ó unos *sermones*; que es regular (dice Eguiara con frecuencia) *se conserven en manos de sus discípulos y compañeros de hábito*. Y me dispuse á apartarme, lo posible, de este defecto, proponiéndome por sistema no hacer mención de semejantes MS., sino rara vez, y cuando ó su número fuese muy considerable, estuviesen en idiomas de los indios, ó constase de su paradero, ó hubiese el autor publicado ó escrito otros opúsculos más interesantes.

Es verdad que me aprovecho de los *mil artículos* que Eguiara dejó impresos y MS.; pero lo es igualmente que al traducirlos al castellano, los he descargado y limado y corregido; y que á esos *un mil* he añadido mas de dos terceras partes. Por lo que sin defraudar de su verdadero mérito al respetable autor del tomo impreso de la *Biblioteca Mexicana*, á quien me confieso deudor del pensamiento, me atrevo á aspirar al nombre de autor de una obra nueva.

Ni era sola esta gloria vana la que me impelia á emprender un trabajo, que ha inmortalizado la memoria de tantos literatos de todas las naciones y de todos los siglos juntamente con la de los que han procurado resucitar y conservar sus nombres, sus patrias, sus empleos, sus virtudes y sus escritos. Pues aunque es verdad que nada podia ser más lisongero para un estudioso criado en las academias y entre los libros, que el dejar su nombre, aunque fuese de letra minúscula, en la lista de los Geróni-

7942-794
MARI
na Sep
edición
Hipóli
del Co
nor he
1: A
teport.
Ram
pano-A
Correc
nuscrit
con el
ción",
plar de
Dr. D.
blícanl
Agüerc
"El Ti
nales. I

mos, Focios, Senenses, Anastasios, Nicolaos, Antonios, y otros bibliotecarios; con todo eso no era la mia, sino la agena gloria, la que yo buscaba: la gloria de mi madre España, y la de su hija mi patria la América Española.

Consideraba yo por una parte el esmero y generosidad con que desde el descubrimiento del nuevo mundo por el celo de los reyes católicos, se habian sembrado en estas provincias con la doctrina de la religion cristiana, las semillas de todas las ciencias; y veía por otra los copiosos frutos, que en ella habian producido la religion y las letras. Y cuando esto tanto me complacía, no podia llevar en paciencia que los extrangeros tuviesen al cabo de treientos años formada una tan confusa y mezclada idea de la ilustracion de los españoles americanos. Porque ¿qué cosa más vulgar entre aquellos, que el que el gobierno español solamente habia pensado en aprovecharse de las minas de las posesiones de Ultramar? Qué su sistema político habia sido y era el mantener en la ignorancia y barbarie estos pueblos, para conservarlos? Que cerraba en ellos la puerta á los libros y á los sábios, no españoles? Y que de estos solamente enviaba á las Américas frailes groseros, que supiesen apenas enseñar un catecismo?

Y cómo leería yo sin disgusto la estrañeza que causaba á los eruditos europeos que en la América hubiese un hombre sábio, y que en ella se cultivase la poesía? Léase la dedicatoria del *Magneticum Natura Regnum* del docto jesuita Kirker; léase la carta del abate Lami, impresa al principio del opúsculo, *Musa Americana* del jesuita americano Abad; y se verá que ni Kirker, ni Lami tenían una idea exacta, ni aún regular de la ilustracion de la América Española. Mas que extraño puede padecer esto en los extrangeros, cuando el célebre español, Manuel Martí, dean de Alicante, en una de sus, por otra parte, bellas cartas latinas, se arrojó á escribir que en México no solo "no habia Academias, Bibliotecas ni sábios, pero ni quien quisiera saber." Esto ciertamente si es injurioso á los españoles americanos, es calumnioso al mismo tiempo á su madre España, que desde el principio trató generosamente de propagar en sus nuevas provincias los mismos estudios y ciencias, que ella cultivaba en Salamanca, Valladolid y Alcalá.

Pasma á la verdad la general ignorancia, que de las cosas de la América, y especialmente de su cultura literaria se ha tenido en la Europa, y la desvergüenza con que se ha mentido por los mismo que tenían obligacion de saber el verdadero estado, en que se hallaban estas regiones. Un Fr. Antonio Delgado, franciscano de Castilla, publicó el año 1598, en Toledo un libro intitulado: *Regla y arancel de prelados*; y en la dedicatoria

ria al presidente del consejo de Indias, D. Pablo Laguna, se explica así: "He hecho el oficio de Comisario general de Indias, y considerando que no tienen allí Universidades, donde consultar y resolver las dudas que se les ofrezcan, trato en este libro de las que más importan." ¿Pues es posible que un comisario general de Indias ignorase que en México, capital y centro de las provincias franciscanas del Santo Evangelio, de Michoacan, de Zacatecas, de Guatemala, de Yucatan, y de Jalisco, habia universidad literaria como la de Salamanca, erigida desde el año 1553, y que en Lima capital del Perú se hallaba otra fundada en 1551? Ignoraba el P. comisario que en México estaban los doctos franciscanos "Agia, Basac, Bautista, Daciano, Focher, Gabalda, Gilberti, Olinos, Oroz, Rodriguez, Sahagun, Salinas, Torquemada, Zárate," y otros mil teólogos y canonistas excelentes, con quienes podian consultar sus dudas los religiosos ménos instruidos, que acaso tenia ánimo de enviar á las Indias el P. comisario? Por eso creo yo que hicieron muy bien en no conferirle en propiedad la comisaria. Y esta biblioteca desmentirá en los artículos citados y en otros muchos la escasez de hombres, con quienes se podian consultar las dudas que supone el P. Delgado.

¿Ni cómo podian saber de la América, aunque han escrito de ella más de lo que debieran, el prusiano Paw en sus *reflexiones*, Marmontel en sus *Incas*, Raynal y Robertson en sus *historias*? Y aunque ya les rebatieron con mucha razon y con mucha gracia los abates Nuix y Clavigero, esta biblioteca convencerá á sus apasionados de los embustes y vaciedades que escribieron. ¿Y qué dirémos de los dibujos impropios de la *coleccion* de Teodoro Bry? de las estampas de Gages y Prevost? y de los elefantes, en que pintó montados á los embajadores de Moctezuma el francés, autor de la *Galería del mundo*? Con semejantes patrañas se ha engañado á los bobos de Europa, sin temor á la risa ni á la censura de los sábios de uno y otro mundo.

Pues acaben de conocer los que creen que España tiene sus posesiones de América en el mismo estado de barbarie, en que las halló, y en que tienen las suyas otras naciones: acaben, repito, de desengañarse á vista de esta biblioteca de que sin embargo de la distancia que separa esta parte de América de la Europa culta, y á pesar de lo delicioso de estos climas, que, segun ellos dicen, inclinan al vicio, á la molicie y á la ociosidad, á pesar en fin de la escasez de imprentas (no tanta como se creé, pues en México hay cuatro corrientes; y hay dos en la Puebla, y hay imprenta tambien en Veracruz, en la Habana, en Guadaluajara y en Guatemala) y de la suma carísima del papel; en la

7942-794
MARI
na Se
edició
Hipól
del C
nor h
1:
teport
Rar
pano-
Corre
nucrí
con e
ción",
plar d
Dr. D
blican
Agüer
"El T
nales.

Nueva España se estudia, se escribe y se imprimen obras de todas ciencias. Vean claramente que España envió á la América no frailes ignorantes, sino maestros de las órdenes religiosas, doctores de Alcalá, de Salamanca y de París: que fundó universidades, colegios y academias: que erigió cátedras de teología, de jurisprudencia, de medicina, de matemáticas, de retórica, de poesía y de lenguas, y que ha fomentado activamente las letras, y premiado á los sábios con generosidad.

No era aquí de mi instituto principal, el hablar de los indios conquistados. Pero cómo dará fé al autor del *Nouveau Dictionnaire historique portatif*, que dice que Cortés y demas conquistadores españoles "trataron á los indios como á bestias, y que les enseñaron mil supersticiones," el que lea en esta biblioteca los artículos "Alva, Adriano, Antonio, Berardo, Pomar, Plácido, Pimenteles, Ribas, Contreras, Chimalpain, Gante, Valeriano," y otros mil? Ni quien será aquel que crea al descomunado impostor conde de Boulainvilliers, que en la pág. 366 de su *Banquete* mintió así: "¿Qué hicieron los españoles en la América? Nada otra cosa que bajo pretexto de religion matar 12 millones de Indios!" Hasta el docto Bergier se alucinó con los dicharachos de sus paisanos, y tuvo la debilidad de estampar en su apología de la religion: "Que los conquistadores Españoles no fueron hombres sino bestias feroces."

Pero así como los edificios fabricados son la mayor prueba del arte y sabiduría de los arquitectos, la duracion, permanencia y estado floreciente, en que ha llegado hasta nosotros el imperio español de las Indias, deben servir á los ojos del mundo reflexivo de completa justificacion de la sabia política y conducta suave de nuestros antepasados. Y de este modo puede asegurarse que esta biblioteca sirve de satisfaccion á las calumnias de los enemigos detractores de la gloria de España y del honor de sus conquistadores, y gobernadores. Porque cómo pudo ser bárbara y cruel la conducta de éstos, cuando tales y tan dulces frutos de ilustracion han producido sus provincias?

Y aquí me ocurre una reflexion honorífica á España y su conducta con los indios, y que echa por tierra una asercion del doctor Robertson. Dice este crítico inglés que "el entendimiento de los indios es tan limado, que no son capaces de formar ideas abstractas: y que es tan estéril su idioma, que no tienen voces para explicar sino las cosas más groseras y sensibles." ¿Qué indios y qué idioma? Hablará acaso de los que tocaron en suerte á los ingleses; porque de los indios é idioma mexicanos, no es verdad. Así lo convence en mil partes esta biblioteca; pero singularmente con las muchas y varias traducciones hechas por los indios del latin al mexicano de obras llenas de ideas

sublimes y abstractas, que no han ocupado mucho las cabezas de Robertson, de Rainal, ni de Paw, como por ejemplo, el libro de *imitatione Christi* del Ven. Kempis. El referido Paw se abanzó á afirmar que los indios mexicanos no pueden contar mas allá del número 3. Yo quisiera que este caballero prusiano se hubiese tomado el trabajo, cuando no de estudiar toda la aritmética de los kalendarios mexicanos, á lo ménos los nombres numerales, con que el abate Clavigero llegó á contar hasta 48 millones.

Así discurría yo, trabajando gustoso en mi biblioteca, en dias felices en que mis paisanos tranquilos, y acaso vanagloriosos de vivir muy léjos de la borrasca general que amenazaba á la Europa por la revolucion francesa, no pensaban sino en disfrutar de la paz, libertad y bienes que les proporcionaba y conservaba, aún acosta de su sangre, la metrópoli, su madre. Los motivos comunes, que han estimulado á otros bibliotecarios á esta especie de trabajo, eran únicamente los que me estimulaban á no soltar la pluma; y ya me prometia dar mi obra al público, cuando el inferno, que habia exhalado en la Nueva España los vapores de la filosofía del siglo, encapotó este hermoso cielo con las negras nubes de la traicion y de la perfidia. ¡Lograsteis al fin, lograsteis, émulos impios y libertinos de la católica España, introducir en su dócil, pacífica y piadosa América la ponzoña y veneno de las pestilentes y funestas máximas de la política anticristiana, para despojar á mi ínclita nacion con los cañones de vuestras plumas, de las ricas posesiones que no habia podido quitarle la fuerza de los cañones de hierro y de bronce! Contaminados ya muchos entendimientos débiles y superficiales, y corrompidos los corazones con la doctrina del libertinage, halló pronto y abundante pábulo en el pueblo más inculto y grosero la llama, que desde un rincon de la provincia de Michoacan y del pecho de un mal párroco, discípulo de los Rouseaus y Voltaire, salió para consumir, como un volcan, en ménos de seis años, la médula de estos paises, convirtiéndolos de paraísos de gloria en teatros de sangre, de horror y de miseria, y á sus dóciles y sencillos habitantes, en fieras y furias infernales.

Estuvé por colgar la pluma para siempre, así como algun tiempo la tuve que apartar de la biblioteca, por emplearla en escribir algunos papeles, que me parecieron oportunos para apagar ó templar el incendio de la insurreccion, desengañando con ellos á los pueblos é ilustrándolos sobre los puntos que causaban la efervescencia de los ánimos. Tales fueron los "Diálogos patrióticos de Filopatro, el verdadero ilustrador americano y otros Discursos y declamaciones cristianas," que di á luz,

Pero viendo que el mal no iba á ménos, y que los atolondra-

7942-794

MARI
na Se
edición
Hipóli
del Co
nor ho
1: A
teport.

Ran
pano-A
Correc
nuscrit
con el
ción",
plar de
Dr. D.
blicanl
Agüerc
"El Ti
nales.

dos y viles corifeos de la rebelion publicaban proclamas, manifiestos y libelos tan llenos de fanatismo, como de falsedades y engaños, dirigidos á pintar la América á los ojos de la Europa como un país tiranizado, oprimido, esclavizado por el gobierno español: sin libertad, sin ilustracion, sin felicidad, por causa del yugo de fierro de los españoles europeos, volví en mí, y dije: nó, yo desmentiré vuestras calumnias, vivorezno infames, yo me convertiré á los sábios de la culta Europa, á quienes que- reis alucinar: y ántes que merezcáis su compasion, y puedan tomar interés en aliviar vuestras ponderadas desgracias y afectadas quejas, yo les venceré de un golpe, para que os desprecien como á ingratos calumniadores de su bienhechora madre, y destructores desapiadados de su hermosa patria.

En efecto, sábios y sensatos políticos y filósofos sanos y justos, á vista del catálogo de cuatro mil literatos, que os presento, que han escrito en la Nueva España, y publicado sus ideas, sobre todas materias, con la más amplia y generosa libertad de imprenta; á vista de tantas universidades, seminarios, colegios, academias, doctores y cátedras, que aquí se os presentan, decid y sentenciad; si habrá sido tirano un gobierno, que ha erigido y dotado tantos establecimientos liberales, protegido á tantos literatos, y premiado y honrado á tantos obispos, canónigos, doctores, maestros y letrados?

Mas ¡ó juicios de la Providencia divina! cuando está decretado por el cielo algun suceso en la tierra, todo conspira á su efecto. Increible parece (y lo hemos visto) que en estos últimos años, en que las revoluciones de las Américas amenazaban, y aún se disponian á conseguir su separacion é independenciam, hubiese en la misma península, y en el santuario mismo de las leyes, plumas que ayudasen imprudentemente con sus ragos á soplar y encender más el fuego de una rebelion tan inicua; y españoles, que á trueque de pasar por imparciales y justos, por ingénuos y liberales, no dudasen culpar á su misma nacion y gobierno, y salpicar de negra tinta á sus más gloriosos hermanos y respetables héroes. Tal entre otros ciento, cuyos nombres callo, fué el inconsiderado autor del *Duende político*, (D. Juan Flóres Estrada,) impreso en Cádiz el año pasado de 811, en sus *Reflexiones sobre la América española*, que con mayor inconsideracion é imprudencia se reimprimieron en la Habana en el núm. 13 de la "Tertulia. Con el hierro (dice) y la violencia hemos sometido las hermosas regiones del oro y de la plata, el imperio de Moctezuma y el de los Incas, á los reyes de España, y á la rapacidad y ciego despótismo de sus ministros y empleados." Lo primero no es absolutamente cierto, aunque ese es y siempre ha sido el común, antiguo y universal modo de con-

quistar y subyugar provincias bárbaras. No es, repito, cierto absolutamente, cuando es notorio é indisputable que España se valió tambien de los suaves y dulces medios que para el convencimiento usaron los innumerables ministros evangélicos, que envió á las Indias desde el principio, y que no ha cesado de enviar hasta hoy, para que predicasen y mantuviesen la religion verdadera. Lo segundo es calumnioso absolutamente, y aún ridículo. Porque desde el principio de la conquista hubo leyes penales, preservativas y coercitivas de la rapacidad y del despótismo, y desde entónces se percibieron en lo general frutos de orden, de justicia y de prosperidad en ámbas Américas; y cada dia hasta los nuestros, se han aumentado con notoria felicidad de estos países en lo religioso, en lo moral, en lo político, y aún en lo más profano y lujoso: aunque en lo particular haya habido algunos, ó sean muchos excesos, como en todas las cuatro partes del mundo, desde el pecado de Adán, hasta los excesos de Napoleon Bonaparte. A mas de que ese modo de hablar; "hemos sometido... á la rapacidad y despótismo de los empleados de los reyes de España," es el más extraño, ridículo, oscuro y falaz, que puede usarse en materias tan serias, que exigen perspicuidad y buena fé. Porque ¿quiénes son los que hablan? ¿quiénes los que cometieron? ¿y quiénes los empleados? ¿son acaso unos mismos los conquistadores y los empleados? ó son de diferente nacion y casta? Reflexiónese qué embrollo, confusion y contrariedad de ideas. Igual confusion se nota en cuantos papeles se han publicado por extrangeros, por españoles europeos, y por españoles americanos, sobre las voces y significados de "naturales de la América, americanos, conquistados, quejosos, oprimidos, esclavizados." Véase por ejemplo en el citado "Duende político. En vano, dice, las leyes de Indias ofrecieron alguna proteccion á los naturales de aquel vasto imperio...." "Los americanos gimen oprimidos, no solo como esclavos, sino como bestias, condenadas á sufrir y arrastrarse en la más penosa desolacion." ¿Expresiones gigantescas y preñadas, ó de mucha ignorancia, ó de enorme malicia! Todavía no se han distinguido, ni fijado las ideas, despues de tres siglos; y mientras esto no se haga en todas materias, se hablará y disputará en ellas *more Andabatarum*. Hay en la América indios descendientes de los conquistados, que de padres á hijos traen su origen de la gentilidad. Estos viven formando pueblos con su párroco español ó indio, y bajo la policía de un gobernador tambien indio; y aunque son más en número, (hablo ahora de la Nueva España) no son los *quejosos*, porque viven con sus mugeres é hijos en sus sencillas chozas, donde tienen sus cerdos, bueyes, carneros, gallinas, siembran sus milpas,

7942-794
MARI
na Sep
edición
Hipóli
del Co
nor he
1: A
report.
Ram
pano-A
Correc
nuscrit
con el
ción",
plar de
Dr. D.
blican
Agüero
"El Ti
nales. I

recogen sus granos, trabajan en las labores de los españoles por su justo jornal, como en Castilla, como en Francia, como en China lo ejecutan los jornaleros pobres, que necesariamente ha habido y habrá en el mundo, hasta la consumacion de los siglos. Ellos asisten á la iglesia y hacen sus fiestas, y bailan y se divierten, y comen y duermen tranquilos. No son pues, los *quejosos*, ni son hoy, á excepcion de uno ú otro individuo seducido, los *rebeldes y traidores*; aunque son los *conquistados y sometidos*. Con la introduccion de los negros, comprados en Africa, (pensamiento fatal, que una piedad mal entendida de libertad á los indios de todo trabajo duro y mecánico, sugirió al siempre benigno gobierno español) nacieron en la América mil castas diferentes, por la mezcla carnal de éstos con las indias, y aún de los mismos españoles con las negras. Estas castas son *naturales* de la América, pero no son *conquistados*: son muchos de ellos *esclavos* por compra, pero no *esclavizados* por trato duro; están la mayor parte destinados al trabajo del campo, pero son tratados por sus amos como hijos: no ganan jornal, pero se les viste, se les alimenta y se les cura, y se les doctrina en la verdadera creencia: de manera, que han mejorado de suerte en lo temporal y en lo espiritual con su tránsito, de los ardientes desiertos del Africa, al delicioso país de las Américas. De estas castas hay muchos en los pueblos y ciudades, libres, empleados honestamente en varios oficios y en el servicio doméstico de los españoles: hay muchos *avecindados* en los pueblos de indios y radicados en las haciendas de labor y rancherías; y algunos por su buena conducta y recomendables prendas han hecho caudal considerable, y se han enlazado con familias españolas hasta llegar á confundir ó hacer olvidar su origen. Estos tampoco son *oprimidos*, pero los hay *quejosos* desde que se han comenzado á vulgarizar las ideas y doctrina de la *igualdad*: y por la mala educacion que han tenido en el campo y por un natural orgullo y fiereza, que han aumentado con sus ejercicios de baqueros, y domadores de póttros y toros, y por otras mil circunstancias, que aunque dóciles en otro tiempo á seguir con preferencia la voz de los buenos españoles, són en el día los que componen las tropas de los rebeldes, que los han insolentado más con los empleos y nombramientos de capitanes, coroneles y otros mas brillantes. Restan los españoles americanos, *naturales* pero no *conquistados*, sino conquistadores y pobladores, como hijos, y descendientes de tales, ó de comerciantes, que sucesivamente han pasado de España ó con sus mugeres ó sin ellas, pero que aquí se han casado con hijas de españoles, ó bien hijos de los europeos, que han venido empleados en los ramos de justicia, milicia ó hacienda. Estos gozan y han gozado siem-

pre de los mismos privilegios y nobleza que sus padres: éstos se diferencian física, moral y políticamente de los indios de los negros, y de las otras castas: estos son y han sido siempre por trescientos años los ciudadanos y regidores de las villas y ciudades, los abogados y oidores de las audiencias, los doctores y maestros y rectores de las universidades, academias y colegios literarios, los párrocos y jueces eclesiásticos de las feligresías, los alumnos, lectores, priores, guardianes, definidores y provinciales de los conventos y provincias religiosas, los ministros y dependientes de la santa inquisicion, los prebendados, canónigos deanes de las iglesias catedrales, los vicarios generales de las diócesis, y muchas veces sus obispos, los oficiales de milicias, los empleados en real hacienda, los gobernadores y alcaldes mayores de las provincias y mas de tres veces los vireyes y presidentes de las chancillerías. De modo que estos *americanos naturales de la América*, porque nacieron en ella, porque en ella tienen sus vínculos y posesiones, forman aunque no la más numerosa, la más principal clase, diferente de la de los indios y castas. Y de éstos son ¿quién lo imaginara? los corifeos de la rebelion; de éstos son los principales autores de las desgracias de la América; y de éstos son los que en las infames proclamas se quejan y se lloran *oprimidos y esclavizados*. Los hijos, descendientes y herederos de los Hidalgos, Allendes, Coases, Velascos, Sesmas, Toledos, Garcías, Bravos, Mendozas, Teranes, Torres, Gutierrez y otros españoles rancios y castizos, son los que han manchado sus torpes manos en la sangre de sus padres, tíos, hermanos y parientes: los mismos que han tenido la dicha de respirar el dulce y saludable ambiente de la deliciosa Nueva España por el valor y celo (ó llámese por ahora fiereza, ambicion, crueldad ó codicia) de los españoles conquistadores, pobladores, ó ilustradores de la América, esos mismos son los que maldicen ahora la conducta y nombres de sus padres: los mismos que han disfrutado los tesoros de las minas, que aquellos descubrieron y beneficiaron; las tiendas de comercio que aquellos abrieron; las haciendas de campo que aquellos formaron y cultivaron; y aún los vínculos y mayorazgos que aquellos españoles, castellanos, andaluces, vizcainos, montañeses, gallegos ó catalanes, fundaron; esos mismos son los que hoy abren sus sacrílegas y serpentinadas bocas para llamar á sus padres y abuelos tiranos, codiciosos, ladrones, usurpadores, y usureros: los mismos, ¿qué infamia! que gozan y disfrutan los beneficios de las parroquias, cuyas iglesias levantaron los españoles europeos, y las capellanías que les dejaron dotadas los *gachupines*, (así llaman con desprecio á sus progenitores) esos mismos son los que les infaman hoy con los horribles nombres

7942-794

MARI
na Sep
edición
Hipólito
del C
nor h

1: 2
report.

Ram
pano-
Correc
nuscrit
con el
ción",
plar de
Dr. D.
blicanl
Agüerc
"El Ti
nales.

de judíos, herejes, impíos é irreligiosos. ¿Hay ejemplo de esto en las historias del mundo? Pero no perdamos de vista nuestra biblioteca.

Cuando los extranjeros envidiosos de las felices conquistas de España, escribian... Mas al intento... Cuando algun español, ignorante de las cosas de la América más de lo que debia ser, se arrojó á escribir que en estos países no habia ciencias, ni escuelas, sábios, ni libros, maestros que enseñasen, ni aún discípulos que quisiesen saber, se conmovieron los españoles americanos, y desenvainaron las plumas para repelar tales calumnias. Y entonces fué cuando escribió su biblioteca el Ilmo. Eguiera. ¿Y no es cosa admirable y extraña que poco más de medio siglo despues esos mismos americanos no solamente no se recientan de que les tengan por bárbaros, sino que convengan de buen grado en tal idea degradante, y vociferen sin pudor ante las naciones todas del mundo "que están sumergidos en las tinieblas de la ignorancia, que están oprimidos bajo un yugo de fierro, y esclavizados por el gobierno español?" (*) Léjos de rebatir como debieran hacerlo en verdad y en justicia, á los Rainales, Robertsones y otros tales, se han puesto de su bando, confesándoles que tienen razon en cuanto han hablado de la conducta de España y de nuestro estado actual; para excitar la compasion de las potencias extrangeras, y justificar una rebelion tan torpe y bárbara, como ingrata é injusta; sacrificando el honor y la verdad, á trueque de conseguir el hacerse independientes de una nacion grande y generosa, á quien deben la sangre, la lengua, la educacion, las artes, las ciencias, la prosperidad y la abundancia, que gozan hasta el momento, en que su ingratitud, su orgullo y su ambicion les precipitó en la miseria, de que no es fácil salgan ya, sino por el arrepentimiento. Tales y tan amargos frutos ha producido acaso el demasiado amor, condescendencia y franqueza del gobierno de España en

(*) Ultima proclama del farsante congreso mexicano fecha el 28 de Junio del año pasado de 815, en una de las troges, de la hacienda de campo de Puruarán, que llaman palacio. En ella como si hablaran los hijos de Quautimotzin ponderan la "perfidia, violencias y horrores que forman el decoroso cuadro de la conquista de México." Y ¿quiénes hablan de esto? Los "Castañedas, Sesmas, Ortizes, Zarates, Gonzalez, Arnáizes, Ayalas, Herreras," y otros hijos y nietos de los que les dieron pisar esta tierra. ¡Ingratos! ¡Pérfidos! ¡Impostores! Ojalá que España no os hubiera dado tantas alas, ni permitido la libertad de leer esos libros emponzoñados, cuyo veneno vomitais hoy contra el cielo y contra vuestra bienhechora madre.

haber permitido en la América la introduccion de papeles públicos, que han trastornado las ántes bien organizadas cabezas de mis paisanos.

Mas no las de todos, gracias al númen tutelar de España, y de sus ingenuos hijos, derramados por todo el mundo. Aún quedan en las Américas muchos millares de españoles nobles, fieles, sensatos, justos, y agradecidos á su gran madre, que reconociendo lo que le deben, y calculando mejor sus verdaderos intereses, lloran amargamente el descarrío de sus hermanos y la desolacion de su patria, que es el fruto infernal que ha producido la insurreccion. Quedan todavía los sencillos indios, que á pesar de la estupidez que se les atribuye, han sabido conocer mejor que otro alguno, escarmentados por la experiencia de seis años, que no era su felicidad la que buscaban los malvados seductores, que los engañaron en los primeros dias, sino el cumplimiento de los deseos de éstos de libertinage y ambicion; y quieren mas bien ser pupilos menores del rey de España, que esclavos despreciados de los farsantes fundadores de la nueva república mexicana. ¡Brutos, y públicolas de comedia, temed el momento en que los buenos españoles os abandonen á vuestras ideas, porque ese será, en el que víctimas desgraciadas veais correr la campechana (*) de vuestra sangre, por las manos de esas tropas insolentes, en que ahora confiáis, y en cuyas venas está ya fermentando el mosto de las cepas africanas!

Pero volvamos ya á nuestra biblioteca, en la cual no se hallan ciertamente obras voluminosas, como la de los Bolandos, Labees, &c. para cuya edicion era necesario en la América todo el producto de una de sus minas. Tal es la carestia del papel y de la imprenta, única causa de la escasez de libros, y producciones literarias. Porque otra que señaló Beausobre en su "Introduccion al estudio de la política y comercio," conviene á saber: "que en los dominios de España se examina una obra ántes de la prensa hasta seis veces," es un solemne embuste. ¿Qué habria dicho de la América en especial, si hubiese leído las exclamaciones, con que los insurgentes ponderan su esclavitud? Mas la verdad es que en la América española, lo mismo que en la metrópoli, se requieren dos licencias para la imprenta, la del ordinario eclesiástico, y la del gobierno político; y los regulares necesitan además la de sus prelados superiores. ¿Qué trabas son estas? Las indispensables para que nadie se atreva á escribir contra la religion, contra el estado, ni contra la decencia y buenas costumbres, ó contra el honor y decoro de sus mismas corporaciones.

(*) Campechana se llama en esta América la mezcla de dos licores, como vino y aguardiente.

7942-794

MARI
na Se
edición
Hipófi
del Co
nor ha
1:
teport.

Ran
pano-
Correc
nuscrit
con el
ción",
plar de
Dr. D.
blicanl
Agüerc
"El Ti
nales.

El remedio contra la carestía del papel y de la imprenta, era al parecer fácil, y algunos lo han intentado, y lo han puesto en práctica. Mas no todos con feliz suceso. Enviar el MS. á Europa. Pero mucho han perdido en el mar su trabajo: y otros despues de enviar tambien á Europa el dinero para los gastos, no han recibido ni contestacion. Y pensar que un literato haya de exponer á tanto riesgo el fruto de sus vigili-
 as, es quimera.

Pero si lo expuesto no ha permitido á los americanos pintar gigantes en grandes lienzos, han dibujado perfectamente en pequeño algunos miembros; para que por la uña bien expresada del leon puede inferirse la grandeza y ferocidad de aquel animal, rey de las selvas. A mas de que habria sido, no solo impertinente, sino vituperable en los primeros literatos de estas provincias ponerse á escribir de *antigüedades romanas*, de *coleccion de Concilios*, de *matemáticas* y de otras semejantes materias, cuando se trataba principalmente de fundar la religion. Escribieron sí, y mucho de *doctrina cristiana*, de *teología moral*; y publicaron *artes* y *vocabularios* de todas las lenguas exóticas, que aprendieron primero con sumo estudio y trabajo, y no se olvidaron de escribir las *historias* y *antigüedades de los indios*. Ni deben buscarse en nuestros primeros escritores muchas obras de lujo literario, sino las de primera necesidad, y utilidad. Los siglos primeros de la América cristiana y civil deben compararse con los primeros siglos de todos los imperios del mundo, en los cuales no se hallara número suficiente de escritores para formar una biblioteca; sin embargo la América septentrional española presenta en esta cuatro mil. Ni aún en los primeros trescientos años de la Iglesia, en cuyo seno se recogieron los tesoros de las ciencias de la culta Grecia y de la sabia Roma, se pudo formar una coleccion tan numerosa de escritores eclesiásticos, bien que la calidad y mérito de los pocos que hubo, exceda al asombroso número que hoy llena las bibliotecas de los tres últimos siglos del mundo.

El Catálogo de los escritores eclesiásticos que escribió San Gerónimo, no pasa de 130, entrando los apóstoles y evangelistas, y comprendiendo más de un siglo, que esta nuestra: y aunque Genadio, presbítero masiliense, añadió casi otros tantos, no llegan entre todos, entrando hereges y gentiles, á trescientos. Es cierto que en ámbos catálogos y en el espacio de cuatro siglos y medio se comprenden unos nombres tan ilustres como los de Clemente Alejandrino, Ignacio Antioqueno, Justino, Ireneo, Orígenes, Tertuliano, Dionisio Alejandrino, Lactancio, Eusebio Cesariense, Hilario, Didimo, Gregorio Nacienceno, el Niseno, Ambrosio, Agustino Gerónimo, Rufino, Teófilo, Cirilo, Casiano, Salviano, Leon, Theodoreto, y otros, que prescindiendo de

su santidad, apenas tendrán en sabiduría y erudicion un igual en las bibliotecas profanas. Pero no es ménos verdad que de los otros testamentos hubo quienes no escribieron sino una *carta*, una *breve apología*, una *disertacion*, una *homilia*, un *sermon*, unos *versos*. De todo esto se compone una biblioteca, y de todo esto y otras cosas se compone la presente.

Y si Tranquilo se mira como el modelo de los bibliotecarios ó bibliógrafos, porque escribió un libro ó Catálogo y noticia de *los oradores y gramáticos*, ¿porqué no merecerá aprecio una Biblioteca, en que se dá noticia de mas de mil oradores, que ejercieron la elocuencia sagrada no como aquellos con aplauso vano, sino con frutos saludables en las provincias de Occidente? y demás de quinientos que aprendieron, enseñaron y dieron reglas, gramáticas y diccionarios, no de unas lenguas vulgares, como la griega y latina, sino de las más raras y difíciles y desconocidas del orbe.

Tales, pero no solos, fueron los objetos del estudio de nuestros escritores americanos. Y fueron los que debieron ser. Porque ¿qué otros más propios, más útiles, más oportunos ni necesarios que la inteligencia de las lenguas incultas, que era preciso aprender para catequizar, y forzoso cultivar para hacerlas cristianas y sábias? la instruccion de los indios en la doctrina de la fe y de la moral evangélica? la educacion de la nueva juventud española? y la erudicion de éstos y de los indios en las letras humanas, en la filosofía, en la teología, en la jurisprudencia, en la medicina, en la historia? ¿Qué ocupacion más digna de un literato, que la de dar al mundo antiguo las noticias geográficas, físicas y políticas de los nuevos países conquistados? Ni ¿qué conocimientos más apreciables podian haber franqueado á la república literaria que los de las *historias de estos pueblos*, de sus *Reyes, ritos y costumbres*? y de los progresos de la cristiandad y de las letras? ¿Quería más el doctor Robertson? Pretendia acaso con justicia, ni aún con racionalidad, que de la infante América, hubiesen pasado á la docta y anciana Europa los descubrimientos del galvanismo, del cálculo infinitesimal; de la cuadratura del círculo, ó de la inoculacion? Y ¿qué? ¿tan despreciables son los adelantamientos, que han hecho los americanos españoles en la minería y mineralogia? y aún en la química y botánica? ¿Se podria exigir de los literatos americanos el hacer nuevos "Comentarios de las Stas Escrituras, ó nuevas notas é ilustraciones" á los santos padres y autores clásicos profanos? Mas mucho hay, sin embargo, de esto en nuestra biblioteca; y cuando nada hubiera, sobraba lo que en ella hay, para decir á los detractores de nuestra literatura y del gobierno español lo que S. Gerónimo dijo á los Celso, Porfirio, y

7942-794

MARI
na Se
edición
Hipóli
del C
nor h

1:
teport.

Ran
pano-
Correc
nuscrit
con e
ción",
plar d
Dr. D.
blicanl
Agüer
"El T
nales.

Julianos, perros rabiosos que empleaban sus bocas en ladrar contra Jesucristo, y contra su Iglesia, y morder á los cristianos como á gente rústica é iliterata. "Discant ergo Celsus, Prophyrius, Julianus, rabidi adversus Christum canes: Discant eorum sectatores, qui putant Ecclesiam nullos philosophos, et eloquentes, nullos habuisse doctores, quanti et quales viri eam fundaverint: et desinant fidem nostram rusticæ tantum simplicitatis arguere, suamque potius imperitiam agnoscant."

Yo bien sé que para los delicadísimos paladares de los eruditos de este siglo de irreligion, de libertinage y de materia, á excepción de una docena de artículos de esta biblioteca, serán los demás paja digna de las llamas, como monumentos del fanatismo y de la superstición de los *devotos* y de los frailes aristotélicos. ¡Tantas vidas de santos! (dirán) ¡Tantos panegíricos! ¡Tantos tratados de Natura Dei y de Trinitate! ¡Tantas alegaciones y defensas jurídicas! ¡Tantos devocionarios! Pero ¿dónde" (añadirán con el Plinio de las cosas de América, Robertson) "dónde están los nuevos inventos y descubrimientos? ¿dónde las nuevas verdades en las ciencias abstractas?" ¿Y no estáis contentos, avarientos universales é insaciables, con el oro y la plata, que os han dado las Américas españolas? ¿Todavía exigis de ellas tesoros de literatura? Pero no sois sinceros, y vuestra extrañeza solo es efecto de vuestra maledicencia, y desahogo de vuestra mortal envidia. Yo os confieso que no hallareis todo lo que afectais desear en esta biblioteca, porque un infante de tres años no puede saber lo que un hombre de cincuenta. Ni yo, ni otro alguno de los españoles americanos juiciosos y sensatos, pretende exaltar su literatura sobre la de Europa. Sabemos que de allá vinieron nuestros maestros; y el agradecimiento y la justicia, más que la vanagloria, nos obliga hacer ver á los que nos tengan todavía por bestias y por esclavos, que en la América española se han multiplicado y se conservan discípulos dignos de los sábios españoles del siglo *décimo sexto*. Porque, digámoslo aquí, una de las circunstancias más felices para la América, fué el haberse conquistado, poblado y educado en la fé, y en las ciencias en un siglo en que España era la maestra de las letras, como la señora tambien de las armas. Acaso este fué lo que obligó á decir, como profetizando, al sábio flamenco Justo Lipsio en el libro de *Magnitudine Romana*: "entrando ya el nuevo mundo descubierto, excede el imperio español al romano en terreno, y aunque ahora no es mayor en gente y riqueza... florecerán aquellas provincias, se aumentarán, y por un oculto decreto de la providencia pasarán del Oriente al Occidente al poder y la grandeza." No tanto. Pero las ciencias y las virtudes, sin las cuales no hay ver-

dadera grandeza, pasaron desde luego por los españoles á sus Américas; y acaso se habria cumplido el preuncio de Lipsio, si los malcontentos americanos no hubiesen hecho en estos últimos tiempos esfuerzos para romper los estrechos y naturales vínculos, que les unen con los españoles de la Europa.

"Mucho ripio (continuarán los críticos) de sermones, alegaciones y disputas teológicas, es lo que se encuentra en esta Biblioteca, con que se nos quiere imponer." ¿Y de qué se componen los gruesos volúmenes de las bibliotecas más celebradas? Los *sermones* entre los cristianos deben compararse á las *oraciones* de los oradores; y aunque no todas las de los nuestros puedan compararse con las oraciones de Ciceron y Demóstenes, hay muchísimas que pueden servir de lecciones de la más fina y nerviosa elocuencia sagrada. Las *alegaciones jurídicas*, ¿qué otra cosa son sino unas disertaciones y opúsculos de jurisprudencia canónica, civil y criminal; y por otra parte unas oraciones del género judicial? ¿qué cuando no compitan con las de Tullio, exceden en número, y pueden aparearse muchas de ellas con las de los celebrados *oradores*, de que hacen memoria el mismo Ciceron y Tranquilo? Y las *disputaciones teológicas de Deo, et Misteriis Fidei*, de que hay abundancia en esta Biblioteca ¿no pueden ponerse en la clase de las que escribieron los autores eclesiásticos de los Catalagos de S. Gerónimo y Gennadio? Qué, ¿solo deben ponerse en una Biblioteca las obras de Neuton, de Libnitz, de Milton y de Shakpear? Mi Biblioteca no es *selecta*, sino histórica y universal, y todo debe ponerse en ella, y así encierra mucho bueno, mucho malo, mucho mediano, y bastante selecto y muy apreciable. Y cuando todo fuese mediano y regular ¿qué resultaria? Que no podriamos sentarnos todavía en el banco de arriba de la academia de los sábios europeos. Sea en buena hora. Pero desde estar sentados en el banco de abajo, á estar (como se cree, y se calumnia) con la cadena al cuello, vegetando no más, y acaso pastando en los campos, hay una infinita distancia.

Tambien fastidiara á los mismos y á otros la repetición de tantos empleos eclesiásticos y religiosos, canónigos, y calificadores, examinadores, sinodales, priores guardianes, lectores jubilados, &c. Pero quedarán ilustrados al mismo tiempo de que las diócesis y provincias regulares de la América Setentrional, están en el mismo, y no peor pié que las europeas; y acordarán ó aprenderán, si lo ignoraban, como sucedia al doctor Robertson, que no solamente se le ha escuchado en mil capítulos generales de Roma, y de otras ciudades de la Europa el sufragio de los frailes americanos, si no que en la séptima congregacion general de los jesuitas tuvo muchos votos para prepósito gene-

7942-794
MARI
na Se
edición
Hipóli
del C
nor h
1: A
teport.
Ram
pano-
Correc
nuscrit
con el
ción",
plar de
Dr. D.
blícanl
Agüerc
"El Ti
nales.

neral un jesuita mexicano; y en otra general asamblea del órden de predicadores, fué electo general un fraile americano, natural de Querétaro, doctor y catedrático de la universidad de México; y que supo con su gobierno y conducta desmentir al nombre de bárbaro con que le insultó Pasquin, cuando dijo á los electores: *Noluitis barbatum et elegistis Barbarum*; y más modernamente se ha visto en Roma, gobernar otro americano del Perú, con sabiduría y acierto, á todo el esclarecido órden augustiniano. ¡Notable ignorancia y obstinacion de los italianos! Si se habrán desengañado ya con la experiencia, que les han dejado los ingenios y escritos de los jesuitas americanos, de que se habla en esta Biblioteca?

Pero basta; y concluyo protestando que no me lisongeo de haber llenado toda mi idea. Este género de escritos debe ser obra de una sociedad ó de muchas manos, para que se acerque á su perfeccion. Yo me atreví á emprender solo la formacion de esta biblioteca; pero siempre con la confianza de que á otras plumas, á quienes animen los mismos motivos que á la mia, concluirán la obra, enmendando mis descuidos. México 17 de Marzo de 1816.

O. S. C. S. R. E.

RESUMEN DE LOS ESCRITORES,

que comprende la Biblioteca Hispano-Americana Setentrional.

Anónimos.....	470.
Obispos.....	242.
Clérigos seculares.....	658.
Religiosos dominicos.....	259.
Franciscanos observantes.....	474.
Franciscanos descalzos.....	068.
Agustinos.....	124.
Carmelitas descalzos.....	071.
Mercenarios calzados.....	080.
Jesuitas.....	375.
Hospitalarios de S. Juan de Dios.....	005.
Betlemitas.....	005.
Hipólitos.....	005.
Capuchinos.....	006.
Mugeres.....	016.
Seglares.....	829.
Total.....	3.687.

Censura del M. R. P. Mtro. y Dr. D. Manuel Mercadillo, ex—provincial del real y militar órden de Ntra. Sra. de la Merced, catedrático propietario de filosofía de la universidad de México, examinador sinodal de este arzobispado y calificador del santo tribunal de la inquisicion de la Nueva España.

ILUSTRISIMO SEÑOR:

La Biblioteca Hispano-Americana trabajada por el Sr. dean de esta santa iglesia metropolitana Dr. D. José María Beristain, caballero de la real órden de Carlos III. y comendador de la de Isabel la Católica, á más de ser en su género completa, me refresca la memoria de Herodoto, Justo Lipsio, Polybio, y otros de la antigua Grecia, y de la culta Roma. Desde que la leí por el superior decreto de U. S. Ilmo. en que la remite á mi censura, sentí varias emociones de complacencia, ponderando al mismo tiempo el utilísimo trabajo expendido por nada ménos, que de veinte años, en que el ilustrado autor unió con todo tino la verdad de la historia con las ventajosas reflexiones de crítico sensato, é imparcial por graduar los asuntos en el correspondiente estado, ó de certeza, ó de probabilidad, ó de conjetura; en que produce el exámen con prudencia, con severidad, y con grandeza. A ello une con prudente economía la brevedad en la elocucion, la santidad en el juicio, el candor en la enarracion, y la claridad en sus periodos para recomendar ya la sabiduría, ya la ilustracion de nuestra América. Obra ciertamente recomendable, así por el objeto de tan digna atencion; como por paladearnos el gusto con las dulzuras, que nos franquea. A mi solo resta el alabarla con el mismo calor y entusiasmo de Juvenal en elogio de la de Tucídides.

“Hæc placuit semel, hæc decies repetita placebit.”

En efecto, Ilmo. Sr.: ¿quién no advierte que el trabajo del Sr. dean es de grande consideracion en honor de los sábios y literatos, ya de los nacidos en la Antigua España, y despues trasladados á nuestra América, y ya de los hijos de esta Nueva? Pór semejante monumento de tanto grandor, digno en realidad de la gratitud y alabanza me precisó á elogiarlo con las expresiones de Cicerón á favor de Tito Libio (in Tuscul. q. I.): ha-

7942-794
MARI
na Se
edición
Hipólito
del C
nor h
1:
teport
Ran
pano-
Correc
nuscrit
con e
ción”,
plar d
Dr. D
blícanl
Agüer
“El T
nales.

llo en la obra gravedad, constancia, probidad, esplendor, fidelidad é ilustracion; condiciones indispensables que deben relucir en los historiadores y críticos.

Por influjo del Sr. Beristain nuestra América abundará para el orbe literario todo de ejemplos, unos portentosos, otros magníficos y muchos regulares en todo ramo de ciencia y literatura, que disipan las nubes y opacidades con que los extrangeros la han querido desacreditar. Las imposturas de los rivales de nuestra España se desmienten con el copioso número de más de tres mil seiscientos autores en casi solo tres siglos salidos en la parte Setentrional, siendo muchos de ellos admirados por otros extrangeros. No es necesario ocurrir á los pasados tiempos desde la conquista, en que los Naranjos, Vasconcelos y Portillos debieron pasmar á nuestros émulos; sino en los presentes tiempos, solo con abrir los diarios, y gacetas de Italia, de Francia y de la gran Bretaña, hallamos á los religiosos de la sagrada compañía expatriados de la América, representando un gran papel en la Europa, hasta llegar á confesar uno de los ingenios más sublimes de Bolonia: que con la llegada de los expatriados de la América, empezaban á saber lo que eran ciencias y literatura. Y sin contar los Abades, Alegres, Clavigeros, Vallartas, Landivaris, Márquez y otros, bástame el sábio teólogo Iturriaga, impugnador acérrimo del Pseudo Concilio de Pistoya, á quien el Sr. Pio VI, quiso premiar con el capelo cardenalicio.

Con más individualidad hallamos esto en la Biblioteca del Sr. Beristain, y me persuado que no hay cosa más oportuna para imprimir las sensaciones del buen gusto que registrar las tablas de ilustracion de los antepasados, y coetáneos, como lo practicaba Cotelerio con las de Annio Floro; y de aquí infero el grande aprecio de la obra, y lo muy recomendable de su trabajo. No reconozco salirme fuera de la calidad de censor en la apología de la obra, pues reconociéndola interesante, en ella encuentro que....

“Hæc tibi virtutum stimulus, hæc semina laudum.
Hæc exemplar dabit....”

Mas dejando á un lado todo elogio, y hablando como censor digo ser la biblioteca digna de la imprenta, porque por ella se transmitirán á los posteriores noticias muy plausibles, é interesantes: como tambien por no hallar cosa contraria al dogma, y moral de nuestra santa religion, ni á las leyes y regalías. Este es mi dictámen, que sujeto en todo á las superiores luces de U. S. Illma.

Dios nuestro Señor guarde la vida de U. S. Illma. por mu-

chos años. Convento grande de nuestra madre Santísima de la Merced de México, y, Octubre 28 de 1816.

ILLMO. SEÑOR.

Fr. Manuel Mercadillo.

Censura del Sr. Dr. D. Matías Monteagudo, catedrático de prima de cánones de la universidad de México, prepósito de la congregacion de S. Felipe Neri, inquisidor honorario de esta N. E. y canónigo de esta metropolitana.

EXCELENTISIMO SEÑOR:

La Biblioteca Hispano—Americana Setentrional, que V. E. se sirvió pasar á mi censura, comparece como obra en que por veinte años ha sudado el ingenio perspicaz, la basta literatura, y la constancia admirable del Sr. Dr. D. José Mariano Beristain, dean de esta Santa Iglesia Metropolitana.

He leído atentamente el tomo primero que comprende hasta la letra G. Sobre toda expectacion desempeña su objeto principal de la historia literaria, bien que por necesidad entrelace muchos sucesos de la militar, eclesiástica y civil; pero todo desenvuelto con sábia destreza, y presentado con crítica sana; y aunque á veces acre, siempre intachable.

Nadie ya podrá imputar indolencia ó tiranía al gobierno español que se muestra tan paternal, sábio, vigilante y cristiano. Nadie podrá acriminar exclusivamente avaros en Indias á los españoles europeos, entre los que se leen muchos verdaderamente héroes, aunque con generosidad católica, y por eso tal vez no reconocidos de los Rainales, Pauvs, Robertsones y otros que en Europa han querido sentarse sobre el trípode fatídico acerca de las cosas de Indias, y que ahora quedan enmudecidos. Ninguno en fin, zaherirá ya de torpes, tardíos, ó superficiales los ingenios americanos, cuya prontitud y viveza deben muchas naciones envidiar.

Demuestra asimismo esta Biblioteca, que los españoles europeos y americanos no han sido ni podido ser inaplicados. Los primeros han enseñado, y los segundos aprendido prodigiosa-

DEL USO DEL

LIC. IGNACIO HERRERA TEJEDA.

7942-79
MAR
na Se
edició
Hipól
del C
nor F
1:
teport
Ran
pano-
Corre
nusr
con
ción”
plar c
Dr. E
blícan
Agüei
“El T
nales.

mente cuando era necesario en lo espiritual, político y económico, para que una masa ágría é informe, se configurase en nacion cristiana, se fijase ántes de tres siglos en la Religion verdadera, y se elevase á la sólida ilustracion, que inconcusamente convence el Sr. Beristain, estableciendo al mismo tiempo una agricultura floreciente, beneficiando ricas minas, cultivando las artes, é hinchándose de la opulencia efectiva y metálica, de que la vimos rebosar en las vísperas de la fatal insurreccion.

Esta Biblioteca ofrece pruebas muy ilustres de lo expresado; pero incontestables tambien de que todo lo hicieron con inexplicable aumento de desvelos y trabajos, pues que lo ejecutaron todo, no por planes puramente filosóficos, sino por los principios evangélicos, como que promovian su salvacion, y la de sus prójimos. Mira grande que no era por cierto el objeto de atribucion de nuestros calumniadores, quienes atentos solo á dogmatizar sobre la felicidad temporal, todavía ni la columbran después de destruir medio mundo con sus proyectos y ensayos. ¿Cuántas Bibliotecas nos presentan ellos de sus establecimientos indianos? ¿cuántos Beristaines?

Pero dignense esos sábios proyectistas de hacernos justicia en algo, ya que conocen y alaban el inimitable código de las leyes de nuestras Indias, viendo en esta Biblioteca los dulces frutos de nuestra legislacion: ¡Ojalá que vieramos nuestro Código descargado de tantos reglamentos, ordenanzas, é instrucciones de publicistas novadores, que nos abruman! Todo esto, y más, solamente concedida á la pluma del Sr. Beristain, se aprende en su Biblioteca. La considero, pues, digna de la gratitud de todos, de la proteccion de V. E. y de los premios del rey nuestro señor.

México, 22 de Noviembre de 1816.

EXMO. SR.

Matias Monteagudo.

Dictámen del Sr. D. Felipe Martinez, de Aragon, del consejo de su magestad, y alcalde del crimen de esta real audiencia.

EXCELENTISIMO SEÑOR.

Los talentos no están sujetos á climas ni países: los sábios se forman con la aplicacion y el estudio continuado, sin que ha-

DEL USO DEL
LIBRO IGNACIO HERRERA TEJEDA

ya nacion alguna que tenga el privilegio de producirlos exclusivamente. Si el poder, si las riquezas pudiesen crear un ingenio, un Newton, ó cualquiera de los otros sábios que han sobresalido en el mundo, desmerecerian éstos de su precio, al modo que sucederia al diamante, si se pudieran convertir en tales cuantas piedras brutas se encuentran tiradas. Así, pues, los literatos al exáminar el mérito de una obra no ván á indagar el origen y cuna del autor, como si el deberla á tal ó tal reino le añadiese mérito, ó le hiciese desmerecer: esto seria una vulgaridad; los ingenios son cosmopolitas; y así se admiran sin buscarles más requisitos.

Muchos tiempos hace tiene nombre en el mundo literario el Sr. Dr. D. José Mariano Beristain; la Antigua y Nueva España le han celebrado, pero la publicacion de su Biblioteca dará el último vuelo á su fama. Alguna parte habia yo visto de esta curiosa y exquisita produccion de su ingenio; pero al registrarla ahora cuidadosamente me ha sorprendido su constante trabajo, sus singulares noticias en medio de la dificultad de conseguirlas, la amenidad de su lectura, su tino y acierto en la calificación de las diversísimas materias de que trata. Esta Biblioteca en suma gozará al par de las otras célebres, de la reputacion que se han granjeado: y V. E. podrá servirse conceder su superior licencia para que se imprima y goce el mundo de los muchos beneficios y ventajas que vá á producir su publicacion. México, 29 de Noviembre de 1816.

Martinez.

El Exmo. Sr. D. Juan Ruiz de Apodaca, Virey de esta Nueva España, y el Illmo. Sr. Dr. D. Pedro José de Fonte, Arzobispo de esta Metrópoli, concedieron respectivamente su licencia para la impresion de esta obra por sus Decretos de 20 de Octubre y 30 de Noviembre de 1816.

7942-79-
MAR.
na Se
edició
Hipól
del C
nor h
1:
teport
Rar
pano-
Corre
nusc
con e
ción”
plar c
Dr. D
blícan
Agüer
“El T
nales.